





El franquismo quiere explotar la miseria de los damnificados en la catástrofe de Valencia

La estructura de la nueva catástrofe en forma de inundaciones y deslizamientos, se abrió sobre España...

En el Norte, han llegado a inundar las zonas industriales y populares de Castellón y Santantoni. En Aragón...

En donde la tragedia alcanza la mayor magnitud es en la de Valencia. Desde el pasado día 6 rondaba la zona el número de cadáveres...

Los propios informadores franquistas reconocen y confiesan que el río de estas chozas situadas en el barrio de la avenida Barrio Más...

En el primer cálculo de las pérdidas sufridas en la zona agrícola de la zona...

En el cálculo de las pérdidas sufridas en las zonas agrícolas de la zona...

En el cálculo de las pérdidas sufridas en las zonas agrícolas de la zona...

En el cálculo de las pérdidas sufridas en las zonas agrícolas de la zona...

En el cálculo de las pérdidas sufridas en las zonas agrícolas de la zona...

En el cálculo de las pérdidas sufridas en las zonas agrícolas de la zona...

EN CORDOBA La Guardia Civil aplica la "LEY DE FUGAS" A 4 CAMPESINOS

A fines de septiembre, numerosas fuerzas de la Guardia Civil, han realizado detenciones en masa de campesinos en la comarca de Los Blázquez (Córdoba).

Según nuestros informes al no haber logrado obtener declaraciones importantes, pese a los malos tratos infligidos a los campesinos...

Este es un ejemplo más de la represión sangrienta que Franco está llevando a cabo por toda España con la intención de ahogar en sangre las luchas y las protestas...

NOTICIAS BREVES DE ESPAÑA

Tendrán que ir descalzos

CIENTO sesenta pesetas un par de zapatos de hombre, ciento cuarenta uno de mujer. Son los nuevos precios del calzón dictados por Franco.

¡Hasta los pájaros!

A partir del 3 del mes de octubre se efectuará, pos los almadenistas de piosos, un reparto de alpiste a razón de medio kilo por pájaro, previa recogida de las tarjetas de pájaros que actualmente se encuentran en vigor.

Veinte de cada cien

SEGUN el último Boletín de Estadística, en Bilbao, de cada cien defunciones, veinte son debidas a la tuberculosis. Las estadísticas, aunque sean amañadas, no hacen más que demostrar a Franco, Pese a lo que él diga, la tuberculosis, provocada por el hambre a que ha lanzado al pueblo, es una terrible plaga en España.

¡Vaya sindicato!

SE han reunido los altos jerarcas del llamado Sindicato del Azúcar y acordaron pedir... que se aumente el precio de venta del azúcar.

Un «hogar» de los suburbios

«VISITAMOS unas chozas del suburbio y entramos en una de aspecto miserable. Hay poca luz y tropezamos con unos bártulos que andan por el suelo, formando pirámide.

Las castañas

«Las castañas de humilde y plebeyo origen— tienen ahora unos humos que no hay quien se acerque a ellas. Tiradas por el suelo hacen cuatro días (quiere decir antes de la guerra).

LA SANGRIENTA BURLA DE LOS "SEGUROS SOCIALES" franquistas

El caso de los mineros de Asturias

Machaconamente, queriendo abrir caminos a la mentira a fuerza de insistencia, la propaganda franquista y el propio Franco jalean lo que ellos llaman pomposamente «obra social» del régimen.

A las pruebas diarias que corroboran esta realidad añadamos hoy algunas. mas. Veamos a qué quedan reducidos los «seguros sociales» del régimen para los mineros de Asturias.

Vejez

Durante la República el minero se podía retirar a los 60 años voluntariamente y a los 55 recibía el retiro forzoso. La pensión que se le garantizaba era de 200 pts. mensuales.

40 pts. mensuales. Claro está que en estas condiciones ningún viejo minero puede abandonar el trabajo.

Sim embargo... para el seguro de vejez se descuentan a los mineros el 3 % del salario. Como se verá, el negocio para los jerarcas sindicales es redondo.

Mas el crimen no para aquí. Legalmente la pensión para los silíceos es el 75 % del salario.

BREVE CRONICA DEL HOSPITAL VARSOVIA

III. — HISTORIAS DE EMIGRADOS

por J. IZCARAY



Rosa Sanz, la aragonesa que con sus sesenta y pico de años «no quiso volver», sonrie serena.

—Justo —me dice ella— Mi nombre es María Clavería, pero todos me llaman la «Maña». Soy de Teruel, de un pueblo del que usted ha contado muchas cosas y por eso quería hablarle.

—¿Usted lo ve tan chiquitico? —exclama la mujer— Pues no puede figurarse el montón de gente que salimos de él cuando la retirada. Solo en Toulouse nos juntamos diecisiete paisanos.

—¿Qué guerrillero es mi pueblo! —me dice la «Maña» como si cantase el primer verso de una jota nueva— Escuche usted lo que ha pasado... Cuando pasó a Francia un paisano mío se dejó a un hijo suyo a cargo de una hermana...

—Bueno. Ya puede usted figurarse de qué conformidad escribí mi paisano a su chico: «Ya puedes prepararte para cuando yo vuelva porque te deslomo».

—Pero entonces le llegó una carta echada al correo en Zaragoza y que yo no sé cómo diablos ha podido llegar hasta aquí. Era del chico. «Es verdad que he robado algunas cosas y más que robar si a mano viene» le decía a su padre.

—¿Si me lo imagino. ¿Y qué le ha contestado el padre? —Que hace muy bien. Luego nos leyó a todos los del pueblo la carta de su hijo. «Tenemos que ayudar a los guerrilleros de nuestra tierra ¡recontra! Y todos juntos. Allí hasta los chicos lo hacen».

—¿Y qué de donde soy? De allí, del campo de Carifena. Es, el de Zaragoza, un hombre ya maduro, bajo de talla, pero recio y nervudo como un tronco de árbol.

—¿A su perro? —Sí, señor. A poco de salir de España supe que los fascistas, rabiosos por no haberme encontrado a mí, le cogieron a él y le arrastraron por todo el pueblo. Luego, cuando se cansaron de hacerle sufrir, dijeron a los vecinos que habían dejado vivos: «Vámonos a hacer con este perro lo que no hemos podido hacer con su dueño».

—¿Y qué de donde soy? De allí, del campo de Carifena. Es, el de Zaragoza, un hombre ya maduro, bajo de talla, pero recio y nervudo como un tronco de árbol.

—¿Y qué de donde soy? De allí, del campo de Carifena. Es, el de Zaragoza, un hombre ya maduro, bajo de talla, pero recio y nervudo como un tronco de árbol.

Cerca andará de los setenta años pero es la suya una de las caras más alegres que he visto en mi vida. Se llama Rosa Sanz y también es aragonesa. En un dos por tres me espeta su historia.

—¿Y su marido, abuela? —Se ensombreció su cara risueña y murmura: «¡Que en paz descanse! Nada más llegar le cogieron en Alcañiz y le metieron en la cárcel de Zaragoza. Allí estuvo cuatro años, cuatro años en los que sufrió tanto que salió para morir en nuestro pueblo, en Valdearagosa. ¿Usted no ha estado nunca en Valdearagosa? —No, abuela.

—¿Me trae conmigo a nuestros dos hijos. Cuando él salió del pueblo, en aquel mes de julio del treinta y seis la chica tenía cinco años y el niño siete días y ahora; ¡ya ve usted qué cosas!... La mujer cobra aliento y continúa con un suspiro: «Media vida separados como quien dice... ¡Y esa gente sin cansarse de hacer daño. Poco antes de salir yo detuvieron a un primo mío. ¿Quiere usted saber por qué? Porque en la mesa de una taberna pintó un muñeco con unas alforjas al hombro.

—¿Y qué de donde soy? De allí, del campo de Carifena. Es, el de Zaragoza, un hombre ya maduro, bajo de talla, pero recio y nervudo como un tronco de árbol.

—¿Y qué de donde soy? De allí, del campo de Carifena. Es, el de Zaragoza, un hombre ya maduro, bajo de talla, pero recio y nervudo como un tronco de árbol.

—¿Y qué de donde soy? De allí, del campo de Carifena. Es, el de Zaragoza, un hombre ya maduro, bajo de talla, pero recio y nervudo como un tronco de árbol.

—¿Y qué de donde soy? De allí, del campo de Carifena. Es, el de Zaragoza, un hombre ya maduro, bajo de talla, pero recio y nervudo como un tronco de árbol.

—¿Y qué de donde soy? De allí, del campo de Carifena. Es, el de Zaragoza, un hombre ya maduro, bajo de talla, pero recio y nervudo como un tronco de árbol.

—¿Y qué de donde soy? De allí, del campo de Carifena. Es, el de Zaragoza, un hombre ya maduro, bajo de talla, pero recio y nervudo como un tronco de árbol.

Enfermedad

El franquismo jalea constantemente el seguro de enfermedad que tiene establecido. En realidad no es más que otro indigno despojo que se hace a los trabajadores en beneficio de los jerarcas y burócratas sindicales falangistas.

—¿Y qué de donde soy? De allí, del campo de Carifena. Es, el de Zaragoza, un hombre ya maduro, bajo de talla, pero recio y nervudo como un tronco de árbol.

—¿Y qué de donde soy? De allí, del campo de Carifena. Es, el de Zaragoza, un hombre ya maduro, bajo de talla, pero recio y nervudo como un tronco de árbol.

—¿Y qué de donde soy? De allí, del campo de Carifena. Es, el de Zaragoza, un hombre ya maduro, bajo de talla, pero recio y nervudo como un tronco de árbol.

—¿Y qué de donde soy? De allí, del campo de Carifena. Es, el de Zaragoza, un hombre ya maduro, bajo de talla, pero recio y nervudo como un tronco de árbol.

—¿Y qué de donde soy? De allí, del campo de Carifena. Es, el de Zaragoza, un hombre ya maduro, bajo de talla, pero recio y nervudo como un tronco de árbol.

—¿Y qué de donde soy? De allí, del campo de Carifena. Es, el de Zaragoza, un hombre ya maduro, bajo de talla, pero recio y nervudo como un tronco de árbol.

—¿Y qué de donde soy? De allí, del campo de Carifena. Es, el de Zaragoza, un hombre ya maduro, bajo de talla, pero recio y nervudo como un tronco de árbol.

—¿Y qué de donde soy? De allí, del campo de Carifena. Es, el de Zaragoza, un hombre ya maduro, bajo de talla, pero recio y nervudo como un tronco de árbol.

—¿Y qué de donde soy? De allí, del campo de Carifena. Es, el de Zaragoza, un hombre ya maduro, bajo de talla, pero recio y nervudo como un tronco de árbol.

—¿Y qué de donde soy? De allí, del campo de Carifena. Es, el de Zaragoza, un hombre ya maduro, bajo de talla, pero recio y nervudo como un tronco de árbol.

—¿Y qué de donde soy? De allí, del campo de Carifena. Es, el de Zaragoza, un hombre ya maduro, bajo de talla, pero recio y nervudo como un tronco de árbol.

